

**Pedro Calderón de la Barca, *La cena del rey Baltasar*, ed. Antonio Sánchez Jiménez y Adrián J. Sáez, Kassel / Pamplona, Reichenberger / Universidad de Navarra, 2013.**

Tenemos entre manos un nuevo fruto de la fecunda labor que el «Grupo de Investigación Siglo de Oro», dirigido por Ignacio Arellano y en colaboración con estudiosos de todo el mundo, lleva a cabo desde hace más de veinte años para restaurar e interpretar el monumento poético y dramático que constituyen los autos sacramentales de Calderón de la Barca. En el tomo que nos ocupa, Sánchez Jiménez y Sáez, profesores de la Universidad de Neuchâtel, nos ofrecen el texto de uno de los autos más hermosos de Calderón, *La cena del rey Baltasar*, eficazmente editado y anotado, a la vez que acompañado de una enjundiosa introducción de más de un centenar de páginas que, más allá de las funciones de un prólogo, se convierte en un ambicioso y lúcido ensayo de análisis e interpretación del auto.

La autoría de *La cena del rey Baltasar* nunca ha sido puesta en duda, a pesar de que, curiosamente, no aparece en la famosa lista de obras que el viejo Calderón envió en 1680 al duque de Veragua. Se trata de un auto «temprano», como lo demuestran el número de carros, la brevedad del texto y el número limitado de personajes, que Calderón habría compuesto en 1635, como explican los editores, que se inclinan, siguiendo a Agustín de la Granja, a colocarlo en el contexto de los sacrilegios cometidos en esa fecha por tropas franco-holandesas en el asalto a Tirlemont. El auto fue publicado en 1644 en el volumen *Navidad y Corpus Christi, festejados por los mejores ingenios de España* (Madrid, Buendía). Los editores incluyen un breve repaso de su fortuna en los escenarios de los siglos XVII y XX, con particular atención a su puesta en escena por José Tamayo en la posguerra.

Los editores estudian el método alegórico empleado por Calderón en este auto de «asunto» redentor-eucarístico que toma el argumento de

la impía cena del rey Baltasar narrada en el libro de *Daniel*, contrapuesta al banquete eucarístico «para advertir así a los que quieran comulgar en pecado mortal» (p. 24). Los editores desentrañan con claridad y buen hacer el entramado alegórico del auto, que reelabora su fuente bíblica mediante la «amplificatio», en particular del banquete fatídico, parco en detalles en la *Biblia* y que aquí es momento central como espacio de la tentación y perdición última del rey en una apoteosis final que coloca a este texto entre los autos «de castigo» (p. 36), categoría rara en el corpus calderoniano. A la sinopsis métrica que suele acompañar a las ediciones de textos dramáticos, añaden los editores un elaborado y rico estudio de la «arquitectura» del auto siguiendo la metodología de la «segmentación» ideada por Vitse.

Además de su fuente bíblica, el auto se nutre de otros géneros dramáticos para el tratamiento de la muerte, como las artes *bene moriendi*, «que versaban sobre la experiencia espiritual del moribundo» y los «pasos preparatorios para una muerte digna» (p. 48). Se centra también el estudio preliminar en la lectura política del auto, compatible con la teológica y favorecida por la crítica moderna, ya que teología y política aparecen unidos de forma inextricable en muchos autos de carácter circunstancial apoyados en episodios históricos; en ese sentido, los editores matizan con profundidad y buen acarreo de argumentos la lectura del auto, propuesta por Blanco, como pieza anti-maquivavelista y antifrancesa de exaltación de la política hispana.

En el estudio de las fuentes del auto, los editores rastrean obras anteriores que tratan el episodio del libro de *Daniel* para concluir que, aunque el tema de la cena de Baltasar no era nuevo en el género sacramental, Calderón no utilizó materiales de sus precedentes. Más interés tiene el estudio de la reescritura a la que Calderón somete materiales propios y ajenos, con un cuidado análisis de casos en los que Calderón reutiliza sus propios materiales, como en la relación del Diluvio, o el Banquete, así como de las influencias de este auto en obras posteriores.

Apoyados en los estudios de Varey, los editores tratan también de la posible disposición de los dos carros y la composición de lugares en el escenario a través del análisis de tramoyas, música y vestuario. Por último se examina la galería de personajes. Tras notar la tendencia de Calderón a reutilizar los mismos personajes debido al asunto común de los autos, se explica, de forma acertada, que dicha tendencia se debe también a que los autos eran puestos en escena por «compañías con papeles predeterminados» (p. 87), ligando así el análisis del texto dramático

con su realización en escena. Los personajes se analizan individualmente a partir de su función dramática. A Daniel lo representa el *barba*, porque simboliza el juicio de Dios. Pensamiento es un *bufón* al que algunos críticos han calificado de gracioso perfecto; se matizan aquí las ideas de García Ruiz sobre la especificidad del papel cómico de estos personajes en los autos, género dramático serio, contrastándolas con la tesis de Nider sobre lo fundamental de la comicidad en el teatro religioso; tras este careo crítico, concluyen sabiamente los editores que el personaje del Pensamiento lo encarnaría en las tablas un comediante acostumbrado a hacer de *gracioso* de corral, de ahí las semejanzas, mientras que las diferencias estriban en que el personaje tiene, además, una lectura alegórica. Sobre Baltasar, personaje pusilánime y melancólico, matizan algunas interpretaciones que lo califican de héroe trágico. La Muerte, por último, es el *galán*, personaje que algunos críticos como Arellano y Duarte consideran «central», aserto que matizan aquí los editores.

El capítulo dedicado al estudio de la transmisión textual no depara sorpresas, ya que demuestra que de la edición *princeps* de 1644 proceden cinco de los manuscritos conservados, con la única e interesante excepción de un manuscrito del Archivo Histórico de Madrid que supone una copia en limpio del texto modificado para la escena y que quizá habría que haber analizado con mayor atención. Con buen tino, pues, los editores cotejan cuatro ejemplares de la *princeps* conservados en la Biblioteca Nacional de España para concluir que no se han detectado diferencias en la impresión. Se analizan también las ediciones posteriores, desde la de Pando de 1717 hasta la de Arellano de 2000, para concluir que, como es de esperar, no tienen mayor valor textual a la hora de elaborar un texto crítico que el de algunas enmiendas que nuestros editores evalúan en la anotación del texto.

Este tomo incluye también la loa que acompaña al auto. Como ocurre con frecuencia con este género dramático, loa y auto tienen una transmisión textual independiente y no siempre es fácil determinar qué loa acompaña a cada auto. La *Loa famosa entre la Iglesia y el Celo*, publicada por primera vez en el tomo de *Ociosidad entretenida* de 1668 a nombre de Quiñones de Benavente, fue publicada por Pando en 1717 y ligada ya a nuestro auto. Pese a que Pando no es siempre de fiar, Sánchez Jiménez y Sáez se deciden a editar esta loa junto con el auto por una alusión a «la cena de Baltasar» en el v. 99 y, sobre todo, siguiendo de nuevo a Agustín de la Granja, por el contexto histórico que comparte con el auto, el mencionado saco de Tirlemont de 1635.

Los textos del auto y de la loa, editados con buenas garantías, se acompañan de nutridas notas que dan cuenta del contexto literario y teológico necesarios para la recta comprensión de los textos. Se puede objetar alguna enmienda innecesaria, como las de los vv. 369 y 831; y sobran algunas notas ecdóticas, como las de los vv. 920, 1048, 1135 y 1461, que comentan variantes que no iluminan el sentido del texto y que, de todos modos, se encuentran debidamente recogidas en el aparato crítico. Tanto la anotación como la introducción se habrían beneficiado de una última corrección de pruebas que limpiase las erratas y las abundantes referencias bibliográficas que no tienen correlato en la «Bibliografía». En todo caso, estos descuidos no afectan a los dos textos calderonianos, son fácilmente subsanables, y no empañan la sobresaliente labor de los editores.

Fernando Plata  
Colgate University